

El sentido común de George Edward Moore

Profesor en Cambridge.

Se cumplen 150 años del nacimiento de uno de los grandes representantes de la filosofía analítica

DANIEL REBOREDO

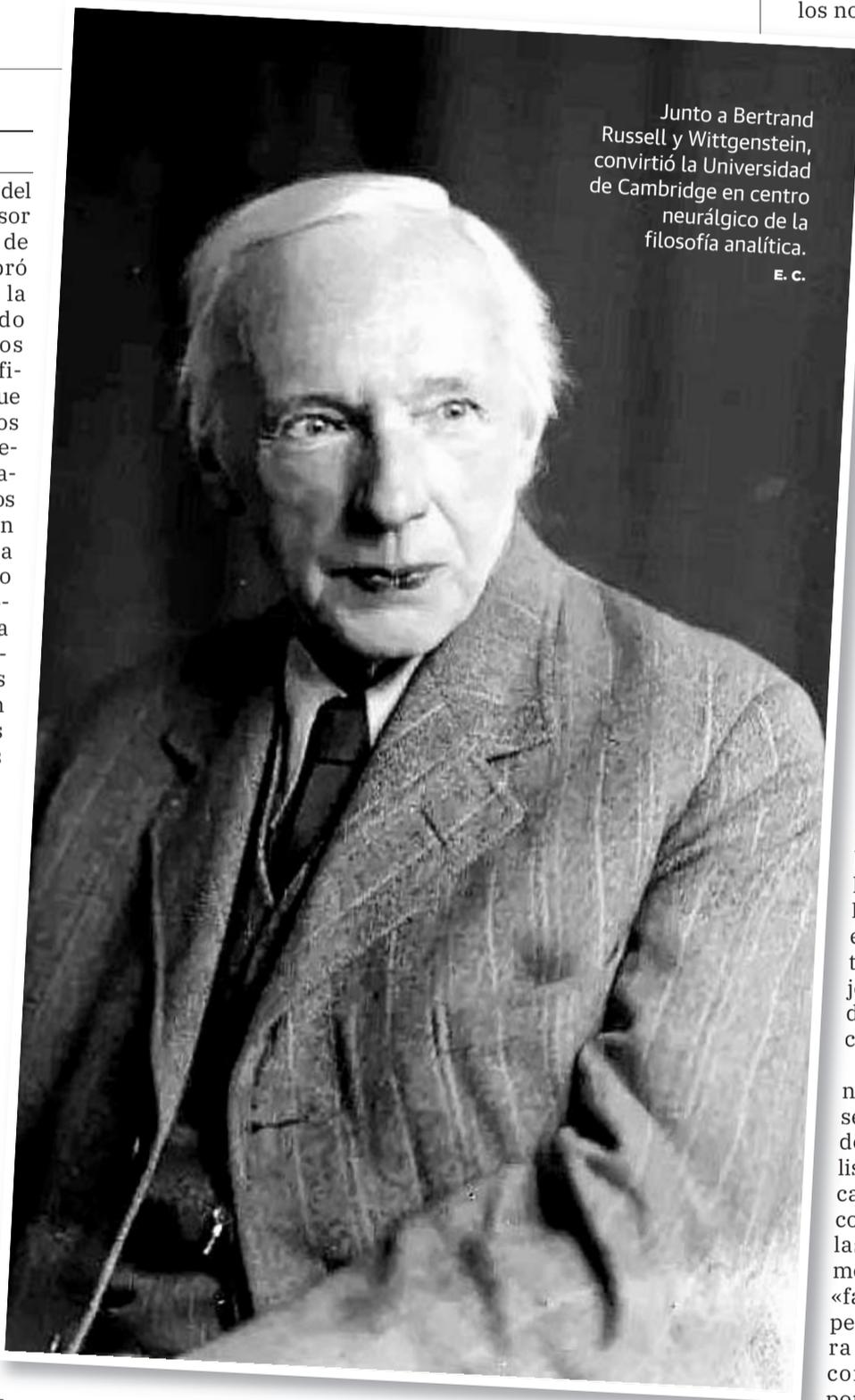
Desde que, a finales del siglo XIX, el profesor de la Universidad de Jena Gottlob Frege sembró las primeras semillas de la lógica actual, han pasado muchos años durante los cuales la tradición de la filosofía analítica, aquella que aboga por desentrañar los problemas mediante la precisión en el uso del lenguaje, el análisis riguroso de los conceptos y la clarificación de los argumentos, se ha consolidado e impactado en campos como la filosofía del lenguaje, la de la mente, la ética y la epistemología. Tanto él como sus sucesores consideraban que todos los problemas filosóficos son problemas lingüísticos, es decir, vinculados a nuestra ignorancia de las complejidades del lenguaje en que los planteamos o a los defectos del mismo.

La filosofía analítica sufrió muchos ataques, en cuanto que «filosofía del lenguaje ordinario», acusándola de practicar el culto al uso corriente del lenguaje, en perjuicio de los lenguajes técnicos, y reprochando que se ocupara de manera infecunda del sentido de las palabras en vez de buscar el sentido de las cosas y de la realidad. Críticas todas ellas erróneas porque no se desinteresa de los lenguajes técnicos ni rehúye los problemas fácticos. Tampoco considera el sentido común y el lenguaje ordinario como la panacea ante todos los problemas planteados por la filosofía.

La filosofía analítica inglesa se desarrolló en dos centros neurálgicos del país, Cambridge y Oxford. Más movimiento que escuela, entre los analistas (no todos ingleses, pero sí de lengua inglesa) no se da un corpus unitario de doctrinas y a me-

nudo no existe acuerdo sobre los resultados obtenidos. En cambio, lo que sí tienen en común es una especie de oficio, una mentalidad, un tipo de trabajo que se ejerce sobre la lengua para ver cómo funciona el lenguaje. El propósito consiste, entre otras cosas, en que el mundo, para cuya interpretación utilizamos el lenguaje, resulte cada vez más claro para nosotros y lo conozcamos con

De estilo claro y prudente y enfoque metódico, está considerado «el filósofo de los filósofos»



Junto a Bertrand Russell y Wittgenstein, convirtió la Universidad de Cambridge en centro neurálgico de la filosofía analítica.
E. C.

mayor profundidad.

En el 150 aniversario del nacimiento de uno de sus más importantes representantes, George Edward Moore, es ineludible destacar su aportación a dicho movimiento filosófico. Profesor en Cambridge, tenemos que relacionarlo con los nombres más prestigio-

sos de esta corriente de pensamiento en dicha universidad, Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein. Su filosofía se centra en el rechazo del idealismo ('El rechazo del idealismo', 1903) y en la defensa de la verdad del sentido común ('Defensa del sentido común', 1925). En su filosofía de la ética ('Principia Ethica', 1903) luchó contra la «falacia naturalista», según la cual el bien es una cualidad observable, y defendió lo que más tarde constituiría una de las corrientes más influyentes de la metaética analítica: el 'intuicionismo', es decir, la noción de indefinibilidad del bien. Al contrario de lo que pensaban otros miembros de la corriente filosófica (Ambrose, Lazerowitz, Malcolm, etc.), no defendió la intangibilidad del lenguaje ordinario, sino la verdad propia del sentido común.

Mediante su 'intuicionismo', Moore se presenta como el refutador de toda la ética naturalista, esto es, de toda ética que, tomando el bien como una propiedad de las cosas naturales, comete lo que él denomina «falacia naturalista». El pensador inglés considera que muchas de las confusiones padecidas por los filósofos se originan en el hecho de que éstos

tratan de ofrecer respuestas antes de haber analizado las preguntas a las que responden y así lo manifiesta utilizando un estilo de escritura claro y prudente y un enfoque metódico y paciente de los problemas filosóficos. Por todo ello Moore está considerado como el «filósofo de los filósofos», el que enseñó a hacer filosofía analítica.

LA MIRADA

Angelina Gatell

FÉLIX MARAÑA

En la poesía de postguerra cundió el prurito de clasificar a los poetas por generaciones, sin duda por la estela influyente de la Generación del 27. Pero tanto la nómina de los poetas magníficos de la evocación gongorina como las de generaciones que vinieron, con más pereza que acierto (generación del 36, del 50, etc.), conllevaron un formato excluyente, pues en todas hubo más poetas, hombres y mujeres, cuya obra tiene alta significación lírica, histórica y testimonial. En esas nóminas se ha citado a un grupo exclusivo y se ha desconocido a su vez a poetas que están a su misma altura intelectual. Incluso se han inventado generaciones clasificando a los poetas por el año de nacimiento.

Tres mujeres poetas, Ángela Figueroa Aymerich (1902-1984), María Beneyto (1925-2011) y Angelina Gatell (1926-2017), no aparecen en esas clasificaciones caprichosas, pero su obra tiene la excelencia y sentido histórico que les debe situar en los estudios de la crítica y en las antologías a la par de todos los que están, porque ellas también son. A Figueroa se le puede considerar una mujer del 27, porque su cultura, poesía, ideología y mirada sobre el mundo es heredera de la Institución Libre de Enseñanza, aunque no publique hasta 1948. Algo parecido ha sucedido con Angelina Gatell o María Beneyto, mujeres de pensamiento solidario, amigas entre sí y de Figueroa, que cuentan y cantan las verdades del tiempo, el dolor y desgarrar del mundo y la vivencia cotidiana familiar como los poetas de la llamada poesía social o testimonial.

Bartleby Editores, que ha publicado diversos libros de Gatell, nos ofrece ahora el primer volumen de su Poesía Completa, 'Sobre mis propios pasos', que agrupa los libros publicados entre 1955 y 2017. Antonio Colinas en el prólogo y Marta López Vilar, responsable de la introducción y edición, resaltan el humanismo piadoso de Gatell, a la manera en que Zambrano entendía la piedad. Toda la poesía de esta mujer, rebelde con causa frente al tiempo gris que le tocó vivir, es un recorrido testimonial, desde la infancia a la desemboadura, por la memoria de una sociedad, unas gentes, un paisaje, una comprensión del mundo y una aspiración de libertad y compromiso, que pone su obra al nivel de sus más queridos maestros, como Machado, o colegas, a quienes entronizó con don Antonio en el pasillo de su casa y en su corazón: Miguel Hernández, Neruda, Blas de Otero y José Hierro.